

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICION MENSUAL:

60 centésimos

ADMINISTRACION, DAIMAN-282

SALE TODOS LOS DOMINGOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE

NÚMERO SUELTO:

16 centésimos

El rey se divierte

César—Y qué me cuentan ustedes de las inscripciones? Qué tal marcha el asunto?

Rigoletto—Cuchí, cuchí, como dicen los nápoles. En algunas partes mucho frío y en otras...

Veleta—Regular, regular, á Dios gracias.

Rigoletto—A Dios gracias? Dejáte de beatas. Si la cosa se menea, no es porque Dios la empuje sino porque nosotros la movemos.

César—Vaya, hablemos como personas formales (Me gustaria que se trenzaran estos dos).

Rigoletto—Lo que te aseguro es que ganamos la carrera.

Veleta—Si no hay tropiezos mas adelante. Yo confío, sin embargo, en que nos ha de ayudar la Divina Providencia.

Rigoletto—Sí, fiáte en la Virgen y no corras. Dejáte de compadradas. Vos sos como mula de tahona.

César—(Con aire magestuoso) Señor Rigoletto, la comparacion me parece un poco atrevida.

Rigoletto—Lo será, no lo niego, pero es una comparacion que viene tan bien como pedrada en ojo de boticarió. Qué hacen las mulas? Dar vueltas al rededor de la tahona. Qué hace Veleta? Lo mismo que esos animales; andar siempre á vueltas con Dios, los santos, los frailes y las monjas.

César—(Qué loco tan diablo! Hay que respetar las creencias de todo el mundo.

Veleta—Justamente; cada cual piensa á su modo.

Rigoletto—Bien, entónces respete vd. (por Veleta) el pensamiento de cada cual. Yo repito y sostengo que vos sós como mula de tahona.

Veleta (Picado) Y el señor (por Rigoletto) habla con conocimiento de causa, como hombre entendido en la materia.

Rigoletto—Ya sé por donde venís. Créés que no te comprendo la sátira? Pero sabé que yo no tengo tahona sino molino. Y el sudor del prójimo me ha costado.

César (riendo) El sudor del prójimo? (A veces se habla la verdad sin querer).

Veleta—Ese fué un *lapsus linguae*.

Rigoletto—Sí, me equivoqué; ese molino me ha costado el sudor de la frente.

Veleta (A Rigoletto) Habia oido que vd. era poseedor de un par.

Rigoletto—(Con sarcasmo) De un par de . . . ya lo creo, como vos y César. Pero en cuanto á molinos, yo no tengo más que uno.

Veleta—Decia dos, pues el primero lo tiene Vd. en . . . Pando, salvo error á omision, y el otro en la cabeza. (Le devolvi la pelota.)

César—(notando que Rigoletto cierra el puño y amenaza á Veleta). Orden, señores, y dejemos esas cuestiones para cuando estemos de chanza. Ahora hablemos sériamente. Con qué las inscripciones van piano piano? (Algo se aprende concurriendo al teatro de Solis).

Veleta—Sí, señor, poco á poco; no obstante, espero que en el mes corriente ha de aumentar con mucho el ardor cívico.

Rigoletto—(A César). Mirá, las inscripciones son como las tortugas. Cuando estos bípedos no quieren caminar. . . .

César (Pretendiendo corregir la plana) Las tortugas son cuadrúpedos; no es verdad, señor Veleta?

Veleta—Sí, señor, cuadrúpedos crustáceos. Pero cómo ha adelantado vd. en zoología!

César—(modestamente) Pist! Un poquito. Sin embargo, espero ser hombre de más conocimientos, pues aun soy bastante mozo.

Veleta (Y ya puede ser Presidente. Oh! plebiscito.) En efecto—vd. posée un talento privilegiado.

César—No me ruborice con tanto elogio. Deciamos, Rigoletto, que las tortugas eran cuadrúpedos *urtáceos*.

Veleta—Crustáceos, si vd. no lo toma á mal.

Rigoletto—Bien, no discuto. Pues cuando las tortugas no quieren caminar, se les arrima un fueguito á la cola, y salen echando diablos. Así es que si las inscripciones no marchan con rapi-

dez, no hay mas que ponerles un fueguito á la cola.

César—No te entiendo, Rigoletto.

Veleta—Ni yo tampoco. Y sepa vd. (á Rigoletto) que cuando el señor no lo entiende, es porque vd. ha hablado de una manera incomprensible.

Rigoletto—Calláte, santulon. Repito que con hacer propaganda en favor de la vuelta al régimen constitucional; con obligar á los amigos y empleados á inscribirse; con hacer hablar respecto del negocio á los diarios de la situacion; y sobre todo con arrimar un fueguito á la cola de los Registros . . . Ya vén que soy hombre de ideas. He de escribir un artículo sobre el asunto, aunque sin mencionar lo del fueguito.

Veleta (Escribir artículos Rigoletto? Ave Maria Purísima).

César—No es para todos la bota de potro.

Veleta—Estoy con nuestro ilustrado amigo, sin ofender á Rigoletto. Vd. Rigoletto, será muy apto para... (las liquidaciones) para tratar materias de economía política; pero, créame, en manejos electorales vd. no entiendo jota.

César (En cambio es entendido en otra clase de manejos) Pienso lo mismo que Veleta.

Rigoletto (A César) Hoy te has levantado con la luna y quieres amolarme. Pero á pesar de lo que digas tú y Veleta, estoy con que, para aumentar las inscripciones, arrimarles un fueguito.

César—Es que no puedo comprenderte.

Veleta—El señor desea que en la época presente, en esta época admirable, de progreso, moralidad y justicia (adoquinera) se haga lo mismo que en los tiempos de Varela y Tezanos. El señor quiere que volvamos á los inicuos gatuperios de entónces.

César—Eso significa lo del fueguito?

Rigoletto—Y qué otra cosa podría significar? Para cortar los nudos gordianos, dar golpes á lo César. Y vos no eres César?

César—(Aquí lo hundo sin remedio). Golpes á lo César? Creo que debiste decir á lo Anibal. Este fué quien cortó de un sablazo el nudo del carretón de Gordio. He acertado, Veleta?

Veleta—Ha dado Vd. en el clavo. Caramba y qué gran memoria! (Dejémoslo convencido de que fué Anibal y no Alejandro el cortador del nudo. No hay que contrariar á ciertos hombres).

César—(A Rigoletto). Rechazo por inicua la idea que has emitido. Yo prefiero la conducta de Alcibiades el justo á la del calavera Arístides.

Veleta—(Al revés de lo canto, para que lo entiendas al derecho. Hemos de contradecirle? No, amen á todo). Opino de una manera seme-

jante. Nunca deben adoptarse malos medios para alcanzar el fin.

Rigoletto—(A Veleta). Dijo el tizon á la olla, sal de aquí que me tiznas. No hagas aspavientos *al cuete*, que te conozco lo mismo que si te hubiera criado, por no hablarte de otro modo.

César—(Ya van entrando en calor). Nada de embrollas, de farsas, ni de gatuperios. Legalidad y consecuencia política. Tal debe ser el axioma de un hombre público.

Veleta—Esa frase es altamente honrosa para quien la pronuncia.

Rigoletto—Y altamente humillante para el individuo que la celebra, porque nunca conoció la consecuencia en su vida. Y sino respondéme, —de qué color es la consecuencia política?

César—(poniéndose de pié) Señores, los abandono por un momento. (Ya está prendida la mecha) Pronto volveré á conversar con vds. Les recomiendo la mayor moderacion, en caso de que disintieran en opiniones. (Desde la pieza contigua escucharé la discusion.)

Rigoletto—Vamos, conteste vd.—de qué color es la consecuencia política?

Veleta—Y de qué color es la locura?

Rigoletto—(con la seriedad de un pedagogo)—Y cuándo es que vd. ha sido consecuente con nadie? Vd. ha sido colorado, blanco, conservador, radical, muñocista, nacionalista, principista, varelista, latorrlista, mason, vicentino, un *mangia con tutti*.

Veleta—No me obligue vd. á que falte al respeto de esta casa.

Rigoletto—Estoy hasta aquí (tocándose la frente) de cargado por vd.

Veleta—Si me enfurezco!... No se exponga vd. á mi furor.

Rigoletto—Enfurecéte y verás si te rompo la crisma.

Veleta—Dios mio, Dios mio!... Y soportar estos ultrajes por no profanar la morada en que me encuentro! Pero si vd. continúa agraviándome, he de verme en el caso....

Rigoletto—De pelearme? Pues voy á mojarle la oreja.

Veleta—Digo que me veré en el caso de alejarme de aquí.

César—(desde adentro y para su capote) Ya me lo arrollaron al viejo. Este loco es mas bravo que un gallo inglés . . . en el pico.

Rigoletto—Vos eres como aquel desafiado que habiendo concurrido al campo del honor sin intencion de batirse, en vez de una espada de acero llevó una hoja de carton dentro de la vaina.

Veleta—Qué chistoso es vd. para los cuentos.

Rigoletto (con gesto imponente) No me interrumpa vd! Cuando el cobarde llegó al terreno y púsose en frente de su adversario, exclamó como acaba de exclamar vd—Oh! Dios mio; te ruego que hagas cambiar la hoja de acero de mi espada en otra de carton, para no verme forzado á despachar á este hombre. Y así como el desafiado salió con eso para no batirse, vos salís con la excusa de la casa. Ni esta te ha de valer, porque ya estoy cansado de tus pullas y de tus intrigas.

Veleta—Jamás, amigo *Rigoletto*, he ofendido á vd, ni tales intrigas son de mi carácter. Dejemos esta cuestion para mañana.

Rigoletto—No, ahora mismo; y ahí vá un sopapo á cuenta. (Le tira un bofetón á *Veleta*)

Veleta—Me erraste, loco pícaro. Esas se dan siempre así, (Le tira un bofetón á *Rigoletto*. Este y *Veleta* empiezan á luchar á brazo partido.)

César—(Saliendo) Señores, este escándalo en mi casa? (El loco tiene un moreton en la nariz, y *Veleta* un arañazo en la frente. Cómo me divierten estas cosas!)

Veleta—Es una broma, nada más que una broma.

Rigoletto—Mentira, el asunto era formal. Mirá como le puse la cara á *Veleta*.

César—Y á puñetazos? Eso es indigno de personas decentes. Pero ya que Vdes. quieren batirse, ahora mismo ha de verificarse el duelo. (Llamando) Bruno, trae un par de estoques. (A *Veleta*) O prefiere Vd. la pistola?

Veleta—(tartamudeando). Yo pis . . . pis . . . tola? (Amparadme, Dios mio! *César* es muy capaz de hacerme pinchar por *Rigoletto* con tal de divertirse).

César—(A *Rigoletto*). Y tú, que armas aceptas, las de fuego ó las blancas?

Rigoletto—Yo, para pelear al señor, acepto las que él proponga.

César—Vaya, decídanse pronto. Pistola ó florete?

Veleta—Pis . . . no pis . . . no pistola.

César—Bueno, será entónces un desafío á estoque y á primera sangre. Bruno, los estoques. Breve, breve.

Veleta—Los es . . . topes, los es . . . cotes? No. (Se me ha trabado la lengua).

Rigoletto—Me batiré con la zurda y con las piernas atadas.

Veleta—(severnándose). Qué genialidades tiene el amigo *César*! (Mudemos de conversacion). Pues como decia hace un instante, las inscripciones irán aumentando paulatinamente. La propaganda de *El Ferro-Carril* y *La Tribuna* producirá los mejores resultados. Y á propósito,

acabo de recibir una carta de Minas, el Departamento enemigo de las elecciones, en la cual me aseguran que el número de los inscritos en la villa solamente ya pasa de 600. Y vd. sabe que Minas....

Rigoletto—(Interrumpiéndole) Yo sé que con tu charla querés sacarle el bulto al peligro. Y los estoques? Vengan los estoques de una vez. Estoy deseando *añejearle* el cuero á este viejito. (Me haré el guapeton.)

César—(Riéndose) No, hombre, qué estoques, ni desafíos? Como vds. estaban de broma, yo quise continuar la jarana proponiéndoles un duelo.

Veleta (Respiro. Gracias, Virgen Santísima!)

César—Yo ser padrino, yo presenciar un duelo? Jamás, soy enemigo de la efusion de sangre.

Veleta—No consentirás que se vierta la sangre de tu hermano, mandó el Señor á Moisés.

César—Por eso, ni yo la he hecho derramar nunca, ni permitiré que se derrame á mi vista. (Ya me hereido bastante con mis bufones.) Espero que vds. comerán conmigo.

Veleta (Inclinándose) Tanto honor

César—En la mesa seguiremos la conversacion amigos caros.

Veleta—Como vd. guste. (Y ha dicho caros con sorna.)

Rigoletto—Ya verán como será preciso hacer *colita* á las incripciones. Para que estas y las tortugas caminen mas ligero, hay que arrimarles un fueguito á la cola. Sino seguirá la Dictadura, y esto no nos conviene de ninguna manera.

César (con mirada de cólera) Porqué no nos conviene?

Rigoletto—Porqué? Porque la continuacion del pito pone la boca torcida.

Veleta—Y siempre perdices cansan. Esto lo dijo el padre de Isabel 2.ª

César—Entiendo, entiendo.

Un sirviente (Entrando) La comida está en la mesa.

Rigoletto—La cumila etá en la mesa? Pues á comer, á comer.

Veleta (Santa palabra!)

César—Vamos, señores, que la sopa se enfria.

Veleta—(Sigamos comiendo la sopa boba. Los tiempos son favorables.)

César (Qué dos pilletes! Si creerán que me engañan?)

Sobre el Negro Timoteo

El mismo dia que manifestábamos en un suelto dirigido á *La Revista Americana*, que no

había sido la primera ni la única que se hubiese atrevido á combatir la Dictadura, y al efecto le citábamos el nombre de algunos periódicos que antes que *La Revista* habían luchado por el triunfo de las buenas ideas; ese mismo día, repetimos, *La Ley* publicaba el artículo á que damos lugar mas abajo, escrito por un asiduo colaborador de ese importante colega de campaña.

Nunca hemos querido transcribir los escritos que, ya honrando la marcha política de *El Negro Timoteo*, ya elogiando inmerecidamente á su redactor, han publicado mas de una vez algunos órganos de la prensa de la República y aun del exterior; pero ahora, por la especialidad de las circunstancias y tratándose mas que de las personas, de la verdad de los hechos, insertamos el artículo de *La Ley* de Rocha, enviando á su autor las mas expresivas gracias por los conceptos con que nos favorece.

He aquí el artículo de la referencia:

«Hemos leído un artículo de la *Revista Americana*, que lleva por epígrafe «La verdad neta» y que firma el Sr. D. Eduardo Flores. En él trata su autor de desmentir las versiones que asegura han corrido, de que la *Revista* levantaba la candidatura del Coronel Latorre, para la futura Presidencia de la República.

Y pasando por alto todo lo que dice al propósito del Sr. Flores, de restablecer la verdad neta en el asunto de que trata, hemos fijado nuestra atención entre otros párrafos encomiásticos á la actitud que últimamente le plugo asumir en la prensa, en los siguientes:

«A cuál ciudadano se puede indicar para ocupar la Presidencia de la República en este momento? ni qué grupo ó colectividad compuesta de hombres con buen sentido lo haría? ni qué ciudadano que no estuviese demente aceptaría esa candidatura?

«Respondan, hágannos el obsequio de responder esos señores que dicen que la *Revista Americana* levanta á la candidatura presidencial al dictador, á quién hemos dicho, como *nadie le ha dicho*, la verdad

Y en el párrafo final de esa elucubración dice:

«Sin embargo, permítaseme concluir diciendo: que la *Revista Americana* debe merecer de todos los ciudadanos orientales, si no el cariño, el respeto, por que ella fué LA ÚNICA que se atrevió á llevar á la opinión pública una palabra de libertad y esperanza en momentos y circunstancias difíciles, y, puede ser, peligrosas».

No por LA LEY, que al fin y al cabo es un pobre é ignorado periódico de campaña, y que por lo mismo, alentar esas absolutas falsas el señor Flores, no es extraño que ni se le haya pasado

por la mente, que hace cerca de tres años que ese periódico vive para protestar como los momentos y las circunstancias se lo han permitido contra la dictadura y los desmanes del Poder: ni por *Tardáguila* tampoco, pobre y oscuro colaborador de esta seccion, que jamás habrá merecido el honor de ser leída por el señor Flores; y si la hubiera leído, consideraría desautorizada, incompetente la propaganda, é *iliterata* la producción—No por LA LEY que en circunstancias y momentos, y en momentos y circunstancias mucho mas difíciles y peliagudos que á los que se refiere el Sr. Flores, mantuvo una protesta permanente contra la usurpacion de los derechos del pueblo y los célebres atentados de que era víctima, sino por otra publicación que aun existe y ha existido en circunstancias y momentos azarosos, pugnando por el respeto á la ley, condenando tambien, sin tregua ni descanso, los atropellamientos del Poder—Esa publicación, que al mencionar la suya el Sr. Flores ha debido recordarla, es....*El Negro Timoteo*.

¿Acaso la habrá olvidado por no considerarla seria y autorizada, digna y merecedora de que se le reconozca que ha ocupado un puesto de honor en la prensa independientemente de la República? Puede ser; pero para nosotros, como para toda la opinion sensata del país, *El Negro Timoteo*, á pesar de su título que podrá no ser serio, y del tono de su propaganda que tampoco será seria, es un periódico ilustrado, digno por todos conceptos del aprecio público, por que con valentía y á cara descubierta, en momentos y circunstancias peligrosas, ha sabido estar firme en su puesto condenando los atentados del Gobierno.

Rectificamos, pues, el error, la omision reprochable y parece que despreciativa que hace el señor Flores, al considerarse el único que ha dicho verdades al dictador, y que ha llevado palabras de libertad y de esperanza al pueblo, sino por LA LEY y por *Tardáguila*, por *El Negro Timoteo*, á quien si D. Eduardo Flores le niega la merecida gloria que le cabe en una campaña incruenta contra los gobiernos arbitrarios, nosotros y el país entero se la reconocemos.

No negamos el derecho que cada uno tiene á reivindicar la participación que haya tenido en una obra buena cualquiera; pero nos parece injusto que á pretexto de solicitar esa reivindicacion, se haga caso omiso de los méritos que legítimamente hayan adquirido otros dignos ciudadanos.

Nadie le niega á la *Revista* sus buenos servicios, pero es conveniente que al hablar de ellos, no olvide los de otros».

Feo y farsáico

Timoteo—Leeré lo principal, señor amo. «Artículo 1.º: El Gobierno de la República se asocia al duelo de la Francia, por la pérdida irreparable de don Luis A. Thiers—Art. 2.º. En los edificios públicos se pondrá el día de mañana el pabellón nacional á media asta».

Yo—Supongo que ha de agradarte el decreto.

Timoteo—Pues no me gusta, señor amo.

Yo—Cómo es eso? Desconoces los méritos del eminente estadista fallecido?

Timoteo—No, señor, los reconozco.

Yo—Niegas las virtudes cívicas del gran hombre que ha bajado á la tumba?

Timoteo—Soy el primero en proclamarlas.

Yo—Confiesas que era digno de semejante homenaje?

Timoteo—Sí, señor, lo confieso.

Yo—Te parecen justos los honores tributados á su memoria?

Timoteo—Me parecen justísimos.

Yo—Y entonces porque te disgusta el decreto dictatorial?

Timoteo—Me disgusta porque soy enemigo de las farsas.

Yo—Llamas farsa á la resolución del Gobierno?

Timoteo—Sí señor, y escúcheme su merced. Si el gabinete de Washington hubiera expedido esa disposición, yo no la hubiese criticado pues la encontraría natural y justa; pero la censura, señor amo, no porque Thiers sea indigno de los honores que se le rinden, sino porque ellos han sido decretados por una Dictadura.

Yo—Explícate un poco mas.

Timoteo—Decretar una Dictadura homenaje á un republicano? La cosa es bien risible y bien falsa.

Yo—Acabáramos, hombre. Quiere decir que si el Presidente de los Estados Unidos se hubiera asociado al duelo de la Francia lamentando la muerte de Thiers, tú hubieras aplaudido la conducta del Presidente norteamericano?

Timoteo—Sí, señor, pues sería lógica y verdadera.

Yo—Y criticas el decreto del Jueves por considerarlo absurdo?

Timoteo—Justamente. El Gobierno oriental decreta esos honores, *apreciando las virtudes cívicas* del eminente republicano fallecido. Y dígame su merced; puede rendir homenaje á las *virtudes cívicas* un poder dictatorial, que es lo contrario, la negación de esas virtudes? En encuentro muy ridículo este proceder.

Yo—Segun se mire la cuestion, Timoteo.

Timoteo—Yo la miro por donde debe mirarse. Respóndame con franqueza, señor amo. Si su merced viese en el templo á un libertino que, faltar de creencias religiosas, acostumbrára á burlarse de las de los demás; si lo viera, repito, orando con todo el fervor de un buen creyente, dándose golpes de pecho y besando las losas de la iglesia, pensaría su merced que eran sinceras aquellas demostraciones?

Yo—No, Timoteo.

Timoteo—Es claro, y hasta le llamaria hipócrita ó fariseo. Pues aplique el caso del libertino al Gobierno dictatorial, y saque la consecuencia. El Gobierno tributa honores fúnebres á la memoria de Thiers, *apreciando las virtudes cívicas* que lo adornaron en vida. Y quién creerá que la Dictadura puede con sinceridad rendir estos homenajes, y apreciar lo que son virtudes cívicas?

Yo—Y porqué no, Timoteo?

Timoteo—Porque un Gobierno que manda fusilar á un *presunto* asesino como dice *La Ley*, violando un precepto de la Constitución, es imposible que sepa valorar lo que son virtudes cívicas; un Gobierno que sin prévia causa y sentencia legal castiga con la pena de trabajos forzados á los presos; que permite la suspensión de los periódicos; que no condena la rebeldía del Jefe Político del Salto, al desconocer la jurisdicción del Juez de Paysandú; que no amonesta á los funcionarios como Garzon y Vidal, que han escarnecido la moral y la ley haciendo atar hombres á los árboles de la plaza, ó mandándolos pasear á son de clarín por las calles de la población, cargados con los cueros de los animales robados; un Gobierno así, señor amo, se ridiculiza al decretar honras fúnebres á Mr. Thiers, que tambien fué gobierno en Francia, y que nunca, nunca, hubiese tolerado ni consentido ciertas escenas que han presenciado los habitantes de la República Oriental. Pero el decreto del Jueves tiene su más y su menos, señor amo.

Yo—Cómo su más y su menos?

Timoteo—Sí, señor; en primer lugar conseguirá el aplauso de los republicanos franceses que viven entre nosotros; en segundo, el de los demócratas residentes en el Estado; y en tercero los plácemes de la prensa del exterior. Ya vé como el decreto tiene su sentido *oculto* á más del sentido visible.

Yo—Eres muy malicioso, Timoteo.

Timoteo—Y cuando los lectores del exterior, ignorantes de las *virtudes cívicas* de nuestro Gobierno, sepan como ha sido honrada la memo-

ria del republicano francés, se dirán probablemente:—Si el Gobierno oriental decreta homenajes á un ciudadano como Thiers, que fué uno de los mas brillantes campeones de la causa democrática, es preciso convenir en que la Dictadura ha de ser un gobierno liberal. Pero obras son obras y apariencias son apariencias.

Yo—De manera que tú opinas que el decreto?...

Timoteo—Aspira á obtener los sufragios del público, al amparo del gran nombre que menciona. Y ya verá que bombo y que música le tocarán al Gobernador los *orquestistas* de *El Ferrocarril* y *La Tribuna*. Será cosa de taparse los oídos. Ya verá tambien como transcriben los artículos de los diarios de afuera, alabando el republicanismo del Gobierno dictatorial.

Yo—Que tú consideras falso.

Timoteo—Sí, señor, y no salgo de la mia. Si el gabinete de Estados Unidos hubiera expedido el decreto de que hablamos, yo hubiese elogiado el proceder de dicho gabinete; pero censuro la disposicion del nuestro, porque, siendo dictatorial, esto es, negativo de las ideas democráticas y de las virtudes cívicas, hace lo mismo que el calavera en el templo—un acto de hipocresia y falsedad. Tal es mi conviccion, señor amo.

Yo—Te doy razon en parte, Timoteo.

Timoteo—Por eso el decreto no me ha gustado, amo mio. Si lo hubiera dado el Gobierno Yankee, santo y bueno; pero perteneciendo á la Dictadura, al poder más anti-liberal que se conoce, *c'est trop laid*, como dicen los franceses. Sí, señor, muy feo y muy farsáico.

REMITIDO

El centinela del pueblo

Cuando en Febrero último traducíamos (en *La Luz*) los sentimientos del pueblo honrado y trabajador, y probábamos hasta la evidencia la causa de su ruina, que ha reducido un gran número á la humillante condicion de mendigar su pan, jamás habíamos pensado que despues del célebre Lamas, se exigiera del pueblo nuevos sacrificios.

Hablamos aquí del impuesto que establece el Decreto sobre enseñanza que el pueblo debe costear, y que á no dudarlo promete despoblar cada vez más la República.

Pero, seriamente hablando, ¿se ha pensado bien en esa contribucion? — Créemos que nó —

¿Dónde vamos á parar con tales medidas no autorizadas por la voluntad nacional?

A nadie se le oculta que el derecho de recusarse al pago de semejante gabela, no puede ser cuestionado; porque siendo la Nacion el verdadero, el único soberano legítimo, no se puede oponer á su voluntad, otra voluntad.

No nos vengan á tachar de hacer oposicion injusta, para dar libre paso ó carta blanca al tal Decreto. Si alguno se lo figurára así, contestamos desde ahora que si somos los primeros en reconocer la necesidad de enseñanza, somos los primeros tambien, en la época deplorable que cruzamos, en no aplaudir ese nuevo impuesto ó contribucion.

Hubiéramos aplaudido, sí, que el 1^o, que hay de más todavia en la Contribucion Directa —recuerdo triste del Sr. Lamas— se destinara á la instruccion del pueblo; pero exigir de ese pobre pueblo nuevos sacrificios, no, francamente nó.

El Decreto nos hace saber que esa necesidad de enseñanza es un punto incontrovertible. Hasta aquí vamos de acuerdo—pero punto incontrovertible es tambien que el deber obliga la voluntad que no puede ser sometida, obliga como un mandato de arriba, del mismo Dios, pues el deber es una religion, y el pueblo que así lo entiende exclama ansioso: VENGAN CÁMARAS LEGISLATIVAS!

Vengan Cámaras Legislativas! pero no impresores desvergonzados, que, como sacristanes, á todo digan *amen*!

Pero, . . . nos parece oír desde nuestra mesa de redaccion la voz de un insolente adulon que dice, que al derecho puede oponerse la violencia.

Es cierto, señor pedagogo, que todo crimen es posible, pero entónces — escuchadnos bien— pero entónces ya no es uno de esos debates en que la razon decide y triunfa, sinó una cuestion de fuerza, una declaracion de guerra al pueblo, y el poder que llegára á exponerse así habria de sufrir la censura y por consiguiente las consecuencias de un acto insensato.

Opinamos, pues, que el Decreto será modificado antes de ponerlo en ejecucion, ó que las Cámaras le nieguen su aprobacion.

Por lo que toca á los adulones, á los que quieren oírnos les hacemos saber que ejemplos no faltan, y la historia de los pueblos nos enseña lo que es la fuerza del poder contra la fuerza del pueblo, y que el pueblo que calla y murmura no es siempre porque otorga, sino porque suele ser la señal precursora de una horrible tempestad.

Tan es así, que ahí está la revolucion que en 1789 cambió la faz de la Francia; que hizo huir despavoridos á los que vivian del sudor del pueblo contribuyente; porque, entónces, el grito de dolor de un pueblo postrado y abatido con el peso de odiosas y por demás crecidas contribuciones, que gemia en la miseria, hizo que su suplicante voz se remontara al trono de Dios, y que en sus justas plegarias, Dios ha devuelto á la tierra para abrasar la cólera del pueblo, sucediéndose lo que por tantos desaciertos debia suceder, que muchos de sus opresores murieron fuera del suelo sagrado de la Patria, mientras otros caian bajo la cuchilla del verdugo que decia, mostrándola al pueblo: ¡La cabeza que tengo en la mano, es la cabeza de un Rey! . . .

No, mil veces nó; no participamos de aquellas ideas que conculcan el derecho de los ciudadanos. Adulen otros si quieren, y cumplan con su oficio: pero, nosotros preferimos hablar á los magistrados el language de la verdad, abogar por los derechos del pueblo al lado del cual estaremos siempre como el centinela avanzado, y como cuando en otros tiempos combatíamos la tiranía y por la independenciam de la Patria.

Por hoy basta! y á vos, Pueblo, salud!

F. L. D.

COSAS DE NEGRO

El Ferro-Carril transcribe de *El Correo de Ultramar* un artículo referente al Coronel Latorre, que, en uno de sus párrafos, dice lo que vá en seguida:—«El Coronel Latorre, jóven de treinta y tres años, (no los tenia el 18 de Julio de 1876, pues los cumplió el 28 del mismo mes del año corriente. Esta ampliacion vá de cuenta y riesgo del sueltista) desciende de una de las nobles y distinguidas familias de Galicia; su apellido es Da-Torre (en castellano De La Torre) y sus antepasados contribuyeron con su brazo y con su sangre á aumentar las glorias de que tan justamente ufana se muestra ante el mundo la España; su padre, español, se estableció en Montevideo, dedicándose al comercio, en el que hizo entrar al jóven Lorenzo, pero del que lo alejaba su génio militar».

Despues de lo que dice *El Correo de Ultramar* y copia *El Ferro-Carril*, nosotros, parodiando á Voltaire, agregaremos:

—*Asi se escribe la historia.*

Nuestro corresponsal de Mercedes nos ha dirigido el telégrama que publicamos á continuacion.

«Mercedes, Setiembre 5.

Ayer nos llegó la nueva de que el doctor don Bonifacio Martínez ha sido separado de su empleo.

Inmenso pesar en toda la poblacion.

Ha empezado á bajar el precio de los líquidos. No ocurre mas novedad».

¡Qué diferencia entre este telégrama y el que nos dirigió nuestro corresponsal el 18 de Mayo!

Lo que sigue es tomado de *El Ferro-Carril*:

«El jóven que *mató* casualmente á su cuñado en Tacuarembó fué Pedro Machado.

«El desgraciado *herido* se llamaba Luis Bledo, y segun tenemos entendido *ha muerto.*»

Has comprendido, Fabio? Primero dice *El Ferro-Carril* que Machado *mató* á Bledo. Despues que Bledo estaba *herido*, y al fin le expide una segunda partida de defuncion.

Cómo se conoce que á Machado y á *El Ferro-Carril* se les daba un *bledo* del personaje difunto-herido-finado!

Y á la verdad, llamándose *Bledo* el finado-herido-difunto, qué puede importar su desaparicion de este valle de lágrimas?

Su propio nombre lo indica: la muerte de tal individuo importa. . . un *bledo*.

Por consiguiente, ni la Justicia debe perseguir al matador del difunto-herido-finado, ni el buen sentido pedir satisfaccion al diario callejero por los insultos que le dirige en el suelto transcrito.

Todo ello que valdria? . . . Un comino, esto es, un *bledo*.

El *Centinela* de San José ha dado el último adios á sus lectores por medio de las líneas siguientes:

«Cuando la libertad de imprenta es el escudo que salvaguarda los derechos del periodista en la esfera limitada que ella acuerda, el puesto mas humilde en la prensa es un timbre que ostenta orgulloso todo ciudadano que lo ocupa, porque cumple un sagrado deber de patriotismo y abnegacion.

«Cuando, por el contrario, el hacer uso de ese derecho *exige circunscribirse á limitaciones que vienen á restringir el desarrollo de las ideas mas elevadas, puesto que por su mismo carácter tienen necesariamente estas que luchar en desigual contienda con una fuerza ante la cual toda resistencia es impotente; entónces la prensa periódica no tiene representacion en la sociedad, y por consiguiente la suspension es el único medio, el mutismo es en determinados casos la protesta mas enérgica que se puede oponer.*»

Ahora preguntemos:—¿Habrá andado metida

en este asunto la mano del gato, es decir, de la autoridad política de San José?

¿Se habrá repetido lo que pasó con *La Legalidad* de Mercedes?

Tendremos que exclamar—Héctor y tú también?

Entre tanto, conste que si á *El Centinela* le gritan—*Centinela, alerta!* él ya no podrá responder *Alerta está!* porque *El Centinela* ha muerto.

Y si ha muerto *El Centinela*
De un ataque. . . . policial,
Como según los rumores
Murió *La Legalidad*,
(Que es morir el no tener
Redacción editorial)
Digamos—Viva el progreso
Y el orden dictatorial!
Viva la paz de Varsovia
Y. . . . viva la libertad!

Otra te pego y me retiro. . . . para volver á embestir.

Nos escriben de Cerro-Largo que el Jefe Político de este Departamento hizo conducir á su presencia al editor del periódico *El Constitucional*, para amonestarlo por algunos artículos pertenecientes á la redacción.

Algo más nos escriben al respecto, y es que el señor Pereira se produjo en términos impropios de un funcionario de su categoría, y aun de cualquier persona que se respeta, al pronunciar la referida amonestación.

Conociendo la civilidad y buenos modos del Jefe Político de Cerro-Largo, nos resistimos á creer que, ni aun dejándose llevar por un momentáneo mal humor, haya faltado á los miramientos que estamos en el deber de observar mutuamente gobernantes y gobernados.

También nos escriben que *El Constitucional* será suspendido.

En fin, allá lo veremos, como dijo el Coronel Latorre al encargarse de la cartera de Hacienda; allá lo veremos, y lo que sea tronará.

Sin embargo

Si el periódico de Melo,
Bueno vá!

Espichó de igual manera,
Voto á San!.....

Que una apreciable señora
Y dos caballeros más,
Cuyos nombres, empezando
Por la señora á contar
Cual la cultura lo pide,
Son, Doña *Legalidad*,
Don *Progreso* y *Centinela*,
(Los tres reposen en paz.....

Octaviana ó varsovia,
Que al caso lo mismo dá.)
Si el periódico ha espichado,
Siendo *Constitucional*,
De un modo nada conforme
Con el título quizás,
Los diarios de la campaña
Que aun se atreven á *roncar*,
Deben cantar por *la-sol-fa*
(Que pronto recibirán,)
Este oportuno, precioso
E inimitable cantar:

Cuando las barbas de tu vecino
Veas pelar,
Echalas tuyas, echa las tuyas
A remojar.
Para los bobos, para los pavos!
Que carguen otros con el cirial!....

Los diarios de la campaña
Eso deben de cantar;
Pero no, como artilleros
Al pié del cañon caerán
Unos tras otros, y el canto
De tales cisnes, será:
Viva la ley de la imprenta,
Y el sable dictatorial!
Viva el progreso y el orden
Y la *rusífla* paz!
Vivan los libres comicios,
Y el Presidente legal
Que de la *incoacta* Asamblea
Libremente surgirá!
Viva, por fin, la gallina
Con su pepita, y á mas
Viva la ley....del embudo
Y viva la libertad!

AVISO

La administración de *El Negro Timoteo* se ha establecido provisionalmente en la calle del Daimán núm. 282.

Los señores Agentes de campaña darán esa dirección á su correspondencia, y los suscritores de Montevideo pueden reclamar en la administración ó en la imprenta cada vez que no sean servidos con puntualidad por los reparadores.